

Presentación

Hace casi tres décadas el historiador francés Marc Ferro sugirió la hipótesis de que los historiadores habían inventado la llamada historia económica y social, bajo el ejemplo de otras disciplinas en la época de entreguerras, en un intento de reivindicar su propia autonomía como intelectuales. Querían dejar atrás las servidumbres hacia la historia entendida como memoria de los estados, las clases sociales o las organizaciones que hablan en nombre de éstas. La hipótesis puede extenderse al significado de la profesión histórica en su conjunto sosteniendo que una de las características específicas de ésta, que la diferencia de otras escrituras de la historia y usos del pasado, consiste en su aspiración a reivindicarse a sí misma como instancia independiente de cualquier clase de poder. El tema se remonta de hecho a los orígenes de la historiografía moderna y puede rastrearse en algunos esclarecedores textos de los autores del siglo XVIII. Marc Ferro sugería en concreto la existencia un profundo contraste entre la citada aspiración de la historia económica y social y la actitud de ciertos poderes políticos, las dictaduras del mundo comunista sobre todo, que se servían del pasado para legitimarse y construir discursos sobre su propia identidad o teleologías a su mejor acomodo.

El tema merece comentario porque, en las últimas décadas, el servirse del pasado a discreción ya no parece sólo incumbencia de los poderes políticos, sino que apunta a otras direcciones. Hoy se asiste a una proliferación de toda clase de poderes económico-financieros y mediáticos, agentes y resultado de la globalización, que buscan una transformación del concepto de ciudadanía no precisamente encaminada a reforzar el ideal de democracia; lo que, por extensión, acarrea la proliferación de discursos legitimadores sobre el pasado. En los últimos tiempos, los discursos sobre la idea de ciudadano como depositario de derechos y obligaciones parecen ceder terreno a las referencias a la figura del consumidor, sujeto que vale según su disponibilidad en el mercado laboral y capacidad de consumo. Incluso las imágenes de los propios países antaño basadas en criterios de psicología social parecen hoy haberse contagiado de esta forma de ver las cosas. La actual diversificación de usos del pasado no es ajena a esta nueva realidad y este fenómeno tiene sin duda una repercusión sobre la responsabilidad de los historiadores a la hora de desarrollar su trabajo: les obliga a ser más exigentes que nunca en su voluntad de mostrarse independientes.

Todos sabemos por supuesto que la independencia de criterio constituye un ideal y horizonte y que ningún historiador puede abstraerse de sus propias circunstancias e ideología. Los autores del diecinueve fueron conscientes de que debían hacer compatible la pretendida independencia con el interés hacia los grandes temas de su tiempo, y creyeron haber alcanzado ese ideal gracias a la confección de unas normas de investigación, que hundían sus raíces en siglos anteriores, bautizadas con el ampuloso nombre de “método histórico”. Los autores posteriores matizaron sobremanera esa forma de entender la objetividad – algunos la abandonaron – y se dieron cuenta de que no bastaba con aplicar una meras reglas de erudición para lograr una historiografía más independiente. En las últimas décadas, los estudiosos han descubierto además que existen componentes relacionados con la memoria, el uso del pasado, la cultura y el desarrollo de las tecnologías

de la información que todavía comprometen más esos ideales de objetividad en los que confiaron sus predecesores. Hay quien augura incluso que en las próximas décadas el grado de manipulación de la imagen del pasado crecerá proporcionalmente al carácter abierto de las sociedades democráticas.

Es posible que así sea. A pesar ello, los historiadores no han renunciado nunca a mantener sus habilidades críticas e independencia de criterio, porque en cierto modo esa independencia forma parte de su identidad como intelectuales. Estos se nutren de memoria cultural e incluso de los estados de la opinión pública, pero también se sienten capaces de decidir por sí mismos la agenda investigadora y la forma que adoptarán sus modos de enseñar historia.

Las propias corrientes historiográficas de las últimas décadas parecen el reflejo más acabado de esta convicción o tendencia. La capacidad de relativizar las memorias, descifrarlas o verlas en perspectiva histórica, la importancia que se concede a los lenguajes o el examen de las identidades y los movimientos sociales constituyen sin duda hallazgos fundamentales. No sólo ayudan a descubrir nuevos objetos que pueden ser historiados, sino también a mantener viva la autonomía del historiador, o al menos su fisonomía de labor independiente de los poderes y los discursos políticos, o a huir de los esencialismos que tan fáciles resultan de manipular. Pero todo esto implica, a su vez, la necesidad de confrontar opiniones diversas, de reflexionar sobre aspectos teóricos, de tomar en consideración los elementos meta-históricos del trabajo del historiador y del pensamiento histórico, y de investigar las historiografías. Como defensores de todas estas premisas, entendemos que congresos como el simposio recientemente celebrado en España bajo el título de *Espanya contra Catalunya: una mirada històrica (1714-2014)* (Barcelona 12-14 de diciembre de 2013), aireado por los medios de comunicación dado su significado político, van justamente en la dirección contraria. Quienes lo han organizado, además de convocarlo para consumo de quienes estén dispuestos a avalarlo, rehuyendo con ello la discusión constructiva, muestran una curiosa manera de llegar a unas conclusiones que se hallan preestablecidas de antemano.

En este complejo presente, *Historiografías* quiere aprovechar a su vez para afianzarse en su voluntad de autonomía. Somos una revista independiente de cualquier institución, de acceso abierto, a la que interesan toda clase de textos relacionados con el pensamiento histórico, la historiografía y cualquier uso del pasado. Nuestro único requisito es la reflexión plural y contrastada, así como la calidad, para cuya valoración contamos con instrumentos homologables. Nuestro objetivo, el mostrar la variedad de perspectivas con las que puede ser examinado el pensamiento histórico, la memoria y la escritura de la historia. La crítica constructiva de libros, la invitación al debate, la información sobre proyectos de investigación y el deseo de dar a conocer a determinados autores relevantes los consideramos todos ellos útiles complementos de nuestros propósitos.

Con los citados objetivos, *Historiografías* llega a su sexta entrega. En ella hemos puesto el acento en aspectos recientes del pensamiento histórico que continúan líneas que ya han hecho su aparición en números anteriores: teoría de la memoria, usos públicos del

pasado, tendencias en historia intelectual, importancia de la biografía en las actuales corrientes de la historia cultural o posibilidades de la Red.

El apartado de Historia y Teoría se abre con un artículo sobre Michel Foucault firmado por Vladimir López Alcañiz, “Contramemoria. Historia, genealogía y ontología del presente en Michel Foucault”. No es la primera vez que *Historiografías* trae a sus páginas un análisis del pensador francés. La eclosión de temas como la memoria, la historia del presente o la historización de toda clase de objetos, que tienen lugar en las últimas décadas, invitan a descubrir nuevas facetas de este pensador; un cambio que hace del mismo fuente inagotable de reflexiones, o críticas, sobre los supuestos en los que ha descansado la historiografía occidental durante siglos. El presente artículo gira en torno a un tema poco tratado por los comentaristas de Foucault: las reflexiones sobre la memoria y la historia que este incluyó en un discurso escrito en 1971 sobre Nietzsche; una perspectiva que bautizó como “genealogía” y que el autor del presente artículo refiere con los términos “contramemoria” y “ontología del presente”. El texto de Foucault es un ataque a lo que Marc Bloch llamó a su vez “el ídolo de los orígenes”, esto es, a la ilusión que lleva a dar por sentado que un hecho es tanto más importante para los historiadores cuando más antiguo o menos presente parece. Resulta curioso comprobar cómo esta creencia ha sido un componente fundamental de las memorias culturales de los países occidentales desde la antigüedad y sin embargo cómo los historiadores han ignorado su procedencia durante siglos o la han dado como supuesto indiscutible hasta época reciente. Sólo los estudios sobre las memorias han permitido entender recientemente que la historiografía, pese a estar constituida por un conjunto de operaciones que la hacen distinta del recuerdo, se mueve también en el terreno de la memoria cultural. En este número de *Historiografías* el lector hallará también una detallada reseña de *Cultural Memory and Western Civilization. Functions, Media, Archives* (2011), versión inglesa del conocido *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses* (1999) de la profesora Aleida Assmann, quizá hoy la más importante especialista en el campo de la teoría y la historia de la memoria.

El artículo sobre Foucault deja paso al de Luis Ignacio García Sigman, “Quentin Skinner en los inicios de su trayectoria intelectual: su visión de la historia de las ideas”. El tema cuenta igualmente con precedentes en la revista. En este caso García Sigman examina dos componentes iniciales del trabajo del citado representante de la “escuela de Cambridge”. Primero, su crítica a las dos formas tradicionales de ver la historia intelectual: a) la perspectiva que ve en las ideas un terreno autosuficiente donde los autores se consideran a sí mismo investidos de autoridad para interpretar los “grandes textos” y enmendar las conclusiones de sus predecesores (la llamada “historia de las ideas” de Arthur Lovejoy); y, b) la historiografía que considera las ideas como epifenómenos o elementos emanados de la “realidad material”. En la segunda parte del artículo de García Sigman el lector hallará un análisis claro y rápido de las iniciales propuestas de Skinner, un comentario de su famoso análisis de la relación entre las ideas y el acto intencional, y de las influencias que R. G. Collingwood y de J. L. Austin imprimieron en el historiador británico.

El tercero de los textos de Historia y Teoría presenta un interesante análisis titulado “El género biográfico y sus aportaciones metodológicas: el impacto en la historiografía argentina reciente”. Su autora, Adriana Milano, hace un repaso por el modo en el que las corrientes de la historia cultural se han ido transformando y han recuperado el género biográfico para los historiadores profesionales; y cómo ello se ha reflejado en la producción de su país. Como es sabido, desde el Renacimiento, la biografía ha permanecido como uno de los géneros memoriales por excelencia, un dominio literario en el que testigos y autores han volcado sus vivencias y las han desmenuzado. Si tenemos en cuenta cómo desde época moderna la historiografía han ido alejándose de la memoria, no nos sorprenderá que el género biográfico haya sido, desde el siglo diecinueve, uno de los terrenos que los historiadores profesionales han visto con mayor recelo. El reciente desarrollo de las corrientes de la historia cultural ha cambiado, no obstante, el panorama: ha transformado la forma de apreciar la biografía y proporcionado las herramientas para su modernización intelectual. ¿De qué modo ha ocurrido este fenómeno en la historiografía argentina reciente? Ese es precisamente el tema al que Adriana Milano se ha aproximado. Su artículo, además de informar sobre un caso concreto, leído en una clave más amplia, ayuda a mejor entender los cambios aportados por la historia cultural.

El apartado de Historia y Teoría concluye con un texto de José Manuel Ágreda Portero sobre la historiografía sandinista: “Una aproximación a la historiografía sobre el Frente Sandinista de Liberación Nacional, 1961-1979”. El texto, pensado para satisfacer a los lectores de esta revista de historiografía y teoría interesados por los movimientos sociales y las guerrillas, es un repaso por una parte importante de la bibliografía de dicho tema que, entendemos, ayudará al especialista y proporcionará al curioso una introducción e información útiles. También en estas páginas puede observarse la tensión que se establece entre la historiografía y la memoria.

El apartado de Varia historiográfica ofrece a su vez dos trabajos preferentemente de carácter informativo: el de Francisco Alía Miranda, “La prensa histórica española en Internet”, y el de María Belén Portelli y Franco D. Reyna, “Hacer la historia cultural. Una revisión de la producción historiográfica argentina reciente a través de revistas especializadas”. El primero refleja un interés en la Red que *Historiografías* ya ha mostrado en reiteradas ocasiones. En el presente número, el lector hallará además una reseña del reciente libro de Anacleto Pons, *El desorden digital: Guía para historiadores y humanistas* (2013). El texto de Alía Miranda por su parte, es un repaso por los principales proyectos de digitalización de la prensa histórica de los últimos siglos, o “Hemerotecas digitales”, emprendidos recientemente en España (las fechas de publicación más cercanas llegan hasta comienzos de los años noventa del siglo veinte y se remontan a finales del siglo XVII): una útil guía para abrirse camino en un tema tan disperso como el presente, pero también, como recuerda el autor, una muestra de lo que queda por hacer. El texto de Portelli y Reyna es una aproximación a la repercusión de la historia cultural en la reciente historiografía argentina a través de dos revistas académicas especializadas en ese campo: *Punto de Vista* y *Prisma*.

El presente número se cierra, en el apartado de Crítica, con una selección de reseñas realizadas por Michel Ralle, Gonzalo Pasamar, Manuel Ramírez Sánchez, Ramón López Facal, Giaime Pala y Marinela Tovar, de libros relacionados con la literatura, la memoria y el uso político de la historia, la Red, la enseñanza de la historia y el género.

Gonzalo Pasamar

Presentation

Almost three decades have passed since the French historian Marc Ferro put forward the hypothesis that historians had invented the notion of “economic” and “social” history following the example of other disciplines during the inter-war period, in an attempt to defend their own autonomy as intellectuals. They wanted to cast off the servitudes of history understood as memory of states, social classes or organizations through which these are allegedly expressed. The hypothesis is stimulating and may be extended to cover the entire history of the historical profession by holding that one of its most noteworthy characteristics – distinguishing this particular group from other groups that cultivate the writing of history – has been its urge to vindicate itself as an instance not shackled to any kind of power. The topic, in fact, dates back to the origins of modern historiography and can be traced to enlightened texts of the eighteenth century, with interesting references to an endeavor to avoid influence from the powers that be. Ferro suggested there was a stark contrast between aspiring to autonomy in economic and social history and the attitude of some political powers, particularly communist dictatorships, which used the past either to establish their own claims or to construct tailor-made discourses based on their own identity, or else to represent a specific political teleology.

The topic deserves further comment since, in recent decades, using the past as one pleases has ceased to be the preserve of political powers and now also points in other directions. Today it bears witness to the display of all kinds of economic and financial powers as well as that of the media, which are both the cause and effect of globalization. This results in an attempt to transform the concept of citizenship which would no longer be directly concerned with strengthening the ideal of democracy, and which by extension gives rise to discourses devoted to legitimizing the past. In recent times discourses on the idea of the citizen as being a subject with rights and obligations seems to have given way to references to the figure of the consumer, whose worth depends on his availability for work and ability to consume. Even the images of countries, which were formerly based on psychological criteria, today seem to be contaminated by this way of seeing things. Current diversification in the uses of the past is not indifferent to these new realities, and this phenomenon undoubtedly has an impact on the responsibility of historians in deciding how to go about their tasks: it obliges them to be even stricter in their determination to portray themselves as independent intellectuals.

It is known that independent judgment constitutes an ideal and sets a horizon, and that no historian can be separated from his or her own circumstances and ideologies. Nineteenth-century authors were aware that they needed to make such independence

compatible with concern for the major issues of the time. Furthermore, they believed they had achieved that ideal by producing a range of research rules, rooted in the past, which they pompously termed the “historical method”. Subsequent authors clarified this manner of looking at objectivity – abandoned by some – and realized that merely applying it to some simple academic rules to obtain a more independent form of historiography was not enough to examine history. In recent decades, experts have discovered that there are aspects relating to memory, uses of the past, culture and new information technologies that still compromise these ideals of objectivity championed by their predecessors. There are even some that predict that the degree to which the image of the past is manipulated will rise in proportion with the open nature of democratic societies in the decades to come.

This may be the case. But historians have never renounced the idea of maintaining their critical skills and independent judgment because, to some extent, such independence forms part of their own identity as intellectuals. These are nurtured by cultural memory and public opinion, but they also feel able to determine their research agenda by themselves, along with the approaches to be adopted in the teaching of history.

In the past few decades, historical trends in themselves seem to be the most complete reflection of this conviction. Their capacity to play down memories, decipher or look at these from a historical point of view, the importance given to language or the examination of identities and social movements are undoubtedly crucial discoveries. Not only do they help reveal new objects for historiography, they also help historians keep their autonomy alive – or at least their image of independence from powers and political discourses – and to shun essentialisms, these being elements that have been shown to be so easy to manipulate. However, all of this in turn means that there is a need to confront different opinions, reflect on historical aspects, take into account the meta-historical components of historical work and thought, and investigate historiographies. As defenders of all these premises, in our opinion, congresses like the one recently held in Spain under the title *Espanya contra Catalunya: una mirada històrica (1714-2014)* (Barcelona, December 12-14, 2013), discussed at length in the media because of its political significance, are moving in the opposite direction. In addition to targeting those that are happy and willing to endorse their political thesis, thereby eschewing all constructive debate, the conference organizers demonstrate a curious way of anticipating conclusions that have been established prior to the event.

In difficult times like these, *Historiografías* would like to take this opportunity to confirm its autonomous stance. This is a journal that is not dependent on any institution, is open to all and interested in any kind of text relating to historical thought, historiography and uses of the past. Our sole requirement, apart from quality, is to promote plural and qualified reflection, for the assessment of which we have the appropriate instruments. Our only purpose is to show the range of perspectives through which historical thought, memory and the writing of history can be examined. Constructive book reviews, invitation to debate, information on research projects, along with the wish to bring noteworthy authors to our readers’ attention, are also regarded as a valuable complement to pursue such purposes.

With these objectives, we present *Historiografías* number 6. Here, in this issue, we have emphasized recent aspects of historical thought which continue along the lines already explored in previous issues: theory of memory, public uses of the past, trends in intellectual history, importance of biography in current trends of cultural history, and the potential of using Internet.

The section *Historia y Teoría* opens with an article on Michel Foucault by Vladimir López Alcañiz, entitled “Counter-Memory. History, Genealogy and Ontology of the Present in Michel Foucault”. It is not the first time that *Historiografías* has focused on this French author. The emergence of topics such as memory, history of the present, or the historization of all kinds of objects in recent decades encourage to reveal new facets of this thinker and make him an inexhaustible source of reflection – or criticism – concerning the assumptions on which Western historiography has been based for many years. This article revolves around a topic barely touched upon by Foucault’s critics: his reflection on history and memory. It was included in a lecture on Nietzsche Foucault gave in 1971, an approach for which he coined the term “genealogy” and which the author of this article calls “counter-memory” or “ontology of the present”. Foucault’s essay is an attack on what Marc Bloch called the “idol of origins”, that is, the illusion that leads people to accept that the more ancient and less attached to the present an event is, the more important it seems to be for historians. It is curious to note how this belief has been a crucial component in the cultural memories of western countries since antiquity and, nevertheless, historians have ignored its origins and taken it for granted until recent times. Only studies on memories have allowed historians to understand that despite its analytical operations, which make it different from remembrance, historiography is articulated in the field of cultural memory. In this issue the reader will also find a detailed review of *Cultural Memory and Western Civilization. Functions, Media, Archives* (2011), the English version of the well-known *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses* (1999) by Professor Aleida Assmann, possibly the foremost expert in the field of the theory and history of memory today.

The Foucault discussion is followed by Luis Ignacio García Sigman’s article entitled “Quentin Skinner at the Beginning of his Intellectual Path: his View of the History of Ideas”. The topic has been touched on before in this journal. However, in this case, García Sigman examines two early components of the work done by this representative of the “School of Cambridge”. First, criticism of two traditional ways of looking at intellectual history: a) the point of view that regards ideas as a self-sufficient domain in which authors see themselves as being endowed with the presumed authority to interpret “key texts” and amend the conclusions of their predecessors (the so-called history of ideas by Arthur Lovejoy); and b) the form of historiography that considers ideas as epiphenomena or elements simply emanating from “material reality”. In the second part of García Sigman’s article the reader will find a clear and rapid analysis of Skinner’s early proposals, a comment of his well-known study of the relationship between ideas and intentional facts, and on the impact R. G. Collingwood and J. L. Austin had on the British historian.

The third text in this section is an interesting analysis entitled “The Biographical Genre and its Methodological Contributions: the Impact on Recent Argentine Historiography”. The author, Adriana Milano, offers an overview of the way in which trends in cultural history have been transformed, the biographic genre has been recovered for professional historiography, and how this change has been reflected in the bibliographical production of her country. As is well-known, since the Renaissance, biography has remained one of the memory genres *par excellence*, a literary domain where witnesses and authors have narrated and examined their own experiences. If we observe how historiography has moved away from memory since early modern times, then it will not be any surprise that, from the nineteenth century onwards, the genre of biography has been one of the fields that professional historians have most regarded with suspicion. Nevertheless, the development of trends in cultural history has metamorphosed the way of looking at biography and provided the tools for its modernization. How has this change come about in recent Argentinian historiography? This is the topic that Adriana Milano duly addresses in her article, in addition to reporting on one specific case. That is to say, she has written the text in such a way that it can be approached from a broader angle, thereby helping the reader gain a better understanding of the changes contributed by cultural history.

The section concludes with a text by José Manuel Ágreda Portero on Sandinista historiography: “An Approach to Historiography of the Frente Sandinista de Liberación Nacional, 1961-1979”. The article, intended to satisfy the readers interested in social movements and guerrilla warfare, is an overview of the most representative literature on this topic, which will provide the curious with an introduction and valuable information on this subject. The article also offers a glimpse of the tension that is established between historiography and memory.

The section *Varia historiográfica*, on the other hand, offers two works primarily of an informative nature: Francisco Alía Miranda’s “The Spanish Historical Press in Internet”, and the article by María Belén Portelli and Franco D. Reyna entitled “Making Cultural History: a Review of Current Argentine Historical Production in Specialized Journals”. The former mirrors an interest on the Net already looked at in previous issues of *Historiografías*. Moreover, in this issue the reader will find a review of the recent book by Analet Pons, *El desorden digital: guía para historiadores y humanistas* (2013). Alía Mirada’s text, on the other hand, is a survey of the main projects on digitizing the historical press, or “digital newspaper libraries”, lately undertaken in Spain (with the closest date of publication extending as far as the early 1990s and the oldest item going back to the end of the eighteenth century). This provides a useful guide to help us find our way through such a disparate subject. However, according to the author, it also offers an indication of what still remains to be done. Portelli and Reyna’s text is an approach to the impact of cultural history on recent Argentine historiography through two academic journals specializing in this field: *Punto de Vista* and *Prisma*.

The issue closes with a selection of reviews by Michel Ralle, Gonzalo Pasamar, Manuel Ramírez Sánchez, Ramón López Facal, Giaime Pala and Marinela Tovar of books

on literature, memory, the political use of history, Internet, the teaching of history, and gender.

Gonzalo Pasamar

Présentation

Voici bientôt trois décennies que l'historien français Marc Ferro a suggéré l'hypothèse selon laquelle les historiens avaient inventé l'histoire économique et sociale, suivant l'exemple d'autres disciplines au cours de l'entre-deux-guerres, dans une tentative de revendiquer leur autonomie en tant qu'intellectuels. Ils voulaient laisser derrière eux les servitudes envers l'histoire entendue comme mémoire des États, des classes sociales ou des organisations parlant en leur nom. L'hypothèse peut être étendue à la signification de la profession historique dans son ensemble, car l'on peut avancer qu'une de ses caractéristiques spécifiques, la différence avec d'autres écritures de l'histoire et usages du passé, consiste en son aspiration à se revendiquer comme instance indépendante de toute forme de pouvoir. Ce thème apparaît de fait dans les origines de l'historiographie moderne et on peut en trouver des traces dans plusieurs textes éclairants des auteurs du XVIII^e siècle. Marc Ferro suggérait particulièrement l'existence d'un profond contraste entre l'inspiration mentionnée de l'histoire économique et sociale et l'attitude de certains pouvoirs politiques, les dictatures du monde communiste notamment, qui se servaient du passé pour se légitimer et construire des discours sur leur propre identité ou des visions téléologiques à leur convenance.

Ce sujet appelle des commentaires parce que, lors des dernières décennies, l'utilisation du passé semble relever de la discrétion non plus seulement des pouvoirs politiques, mais aussi d'autres forces. On assiste actuellement à une prolifération de toutes sortes de pouvoirs économique-financiers et médiatiques, agents et résultat de la mondialisation, qui visent une transformation du concept de citoyenneté pas précisément destinée à renforcer l'idéal de démocratie; ce qui, par extension, entraîne la prolifération de discours de légitimation du passé. Ces derniers temps, les discours sur l'idée de citoyen comme dépositaire de droits et de devoirs semble céder du terrain par rapport aux références à la figure du consommateur, sujet dont la valeur se mesure à sa disponibilité sur le marché du travail et à sa capacité de consommation. Même l'image des pays eux-mêmes, fondée sur des critères de psychologie sociale, semble avoir été contaminé par cette manière de voir les choses. L'actuelle diversification des usages du passé n'est pas étrangère à cette nouvelle réalité et ce phénomène a sans doute une répercussion sur la responsabilité des historiens au moment de développer leur travail: elle les oblige à être plus exigeants que jamais dans leur volonté de se montrer indépendants.

Nous savons tous bien entendu que l'indépendance de jugement constitue un idéal, un horizon et qu'aucun historien ne peut s'abstraire de ses propres circonstances ni de sa propre idéologie. Les auteurs du XIX^e siècle ont été conscients du fait qu'ils devaient rendre compatible leur indépendance supposée avec l'intérêt pour les grands thèmes de leur temps;

ils ont cru atteindre cet idéal par l'élaboration d'une série de normes de recherche, enracinées dans les siècles passés, baptisées du nom ampoulé de "méthode historique". Les auteurs postérieurs ont fortement nuancé cette façon d'entendre l'objectivité – certains l'ont abandonnée – et se sont rendus compte qu'il ne suffisait pas d'appliquer de simples règles d'érudition pour parvenir à une historiographie plus indépendante. Lors des dernières décennies, les chercheurs ont par ailleurs découvert qu'il existe des composantes en lien avec la mémoire, l'usage du passé, la culture et le développement des technologies de l'information qui compromettent encore plus ces idéaux d'objectivité en lesquels ont cru leurs prédécesseurs. Il s'en trouve même pour prédire que lors des prochaines décennies le degré de manipulation de l'image du passé augmentera proportionnellement au caractère ouvert des sociétés démocratiques.

Il est possible qu'il en soit ainsi. Ceci dit, les historiens n'ont jamais renoncé au maintien de leurs facultés critiques et de leur indépendance de jugement, parce que d'une certaine façon cette indépendance fait partie de leur identité en tant qu'intellectuels. Ils se nourrissent de mémoire culturelle et même des états de l'opinion publique, mais sont aussi capables de décider par eux-mêmes leurs programmes de recherche et la façon dont ils comptent enseigner l'histoire.

Les courants historiographiques des dernières décennies semblent être eux-mêmes le reflet le plus achevé de cette conviction ou de cette tendance. La capacité à relativiser les mémoires, à les déchiffrer ou à les voir selon une perspective historique, l'importance accordée au langage ou à l'examen des identités et des mouvements sociaux représentent sans nul doute des découvertes fondamentales. Non seulement ils nous aident à découvrir de nouveaux champs qui peuvent être objets d'histoire mais aussi à empêcher la mort de l'autonomie de l'historien, ou du moins de l'indépendance de son travail vis-à-vis des pouvoirs et des discours politiques, et à fuir les essentialismes qui sont si faciles à manipuler. Mais tout cela implique donc le besoin de confronter des opinions divergentes, de réfléchir sur les aspects théoriques, de prendre en considération les éléments métahistoriques du travail et de la pensée historiques, et de réaliser des recherches sur les historiographies. C'est pourquoi, au regard de tous ces attendus, nous considérons que des congrès comme le symposium récemment tenu en Espagne sous le titre *Espanya contra Catalunya: una mirada històrica (1714-2014)* (Barcelone, 12-14 décembre 2013), porté à la connaissance du grand public par les media au vu de son sens politique, vont justement dans le sens contraire. Ceux qui l'ont organisé, outre l'avoir destiné à un public disposé à le cautionner, rejetant par-là la discussion constructive, révèlent une curieuse manière de parvenir à des conclusions qui sont établies à l'avance.

Dans un monde complexe, *Historiografías* veut profiter de ce moment présent pour réaffirmer sa volonté d'autonomie. Nous sommes une revue indépendante de toute institution, en libre accès, intéressée par toutes sortes de textes en rapport avec la pensée historique, l'historiographie et l'usage du passé quel qu'il soit. Nos seules exigences sont la volonté d'échanger des réflexions variées et la qualité, que nous pouvons évaluer au moyen d'instruments respectant les normes internationales. Notre objectif est de montrer la variété des perspectives depuis lesquelles peuvent être examinées la pensée historique, la mémoire et l'écriture de l'histoire. La critique constructive de livres, l'invitation au débat, l'information sur les projets de recherche et le désir de faire connaître certains auteurs importants sont pour nous d'utiles compléments de notre entreprise.

C'est suivant les objectifs mentionnés que *Historiografías* parvient à sa sixième livraison. Nous y avons mis l'accent sur des aspects récents de la pensée historique qui prolongent des lignes déjà apparues dans le numéro précédent: théorie de la mémoire, usage public du passé, tendances de

l'histoire intellectuelle, importance de la biographie au sein des différents courants de l'histoire culturelle, possibilités de la Toile.

La section Histoire et Théorie s'ouvre par un article sur Michel Foucault signé par Vladimir López Alcáñiz, "Contramemoria. Historia, genealogía y ontología del presente en Michel Foucault". Ce n'est pas la première fois que *Historiografías* inclut dans ses pages une analyse du penseur français. L'éclosion de thèmes comme la mémoire, l'histoire du présent ou l'historicisation de toute sorte d'objets, qui a eu lieu ces dernières décennies, invite à découvrir de nouvelles facettes de ce penseur. Ce changement fait de lui une source inépuisable de réflexions ou de critiques concernant les bases théoriques sur lesquelles a reposé l'historiographie occidentale pendant des siècles. Le présent article s'articule autour d'un thème peu étudié par les commentateurs de Foucault: des réflexions sur la mémoire et l'histoire incluses par ce dernier dans un discours qu'il écrivit sur Nietzsche en 1971, réflexions qu'il a lui-même baptisées "généalogie" et auquel l'auteur du présent article renvoie sous les termes de "contre-mémoire" et d'"ontologie du présent". Ce texte de Foucault est une attaque contre ce que Marc Bloch appelait pour sa part "l'idole des origines", c'est-à-dire l'illusion selon laquelle un fait est d'autant plus important pour un historien qu'il est plus éloigné dans le temps ou qu'il semble moins présent. Il est étrange de constater que, alors que cette croyance a structuré les mémoires culturelles des pays occidentaux depuis l'Antiquité, les historiens en ont ignoré l'origine ou l'ont – jusqu'à une époque récente – considérée comme une donnée indiscutable. Seules les études sur la mémoire ont permis de comprendre récemment que l'historiographie, bien qu'elle soit composée d'un ensemble d'opérations qui la distinguent du souvenir, se meut elle aussi sur le terrain de la mémoire culturelle. Ce numéro de *Historiografías* contient également un compte-rendu détaillé de *Cultural Memory and Western Civilization. Functions, Media, Archives* (2011), version anglaise du fameux *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses* (1999) du professeur Aleida Assmann, sans doute la plus grande spécialiste de la théorie et de l'histoire de la mémoire actuellement.

L'article sur Foucault fait place à celui de Luis Ignacio García Sigman, "Quentin Skinner en los inicios de su trayectoria intelectual: su visión de la historia de las ideas". Le thème a lui aussi des antécédents dans la revue. Dans le cas présent, García Sigman étudie deux composantes initiales du travail dudit représentant de "l'école de Cambridge". Tout d'abord, sa critique envers les deux façons traditionnelles de voir l'histoire intellectuelle : a) la perspective qui voit dans les idées un terrain autosuffisant où les auteurs se considèrent eux-mêmes investis d'une autorité pour interpréter les "grands textes" et infléchir les conclusions de leurs prédécesseurs (c'est "l'histoire des idées" d'Arthur Lovejoy); et b) l'historiographie qui considère les idées comme des épi-phénomènes ou des éléments émanant de la "réalité matérielle". Dans la seconde partie de l'article de García Sigman, le lecteur trouvera une analyse claire et succincte des propositions initiales de Skinner, un commentaire de sa célèbre analyse du lien entre idées et acte intentionnel, et de l'influence que R. G. Collingwood et J. L. Austin ont eue sur l'historien britannique.

Le troisième texte de la section *Histoire et Théorie* présente une belle analyse intitulée "El género biográfico y sus aportaciones metodológicas: el impacto en la historiografía argentina reciente". Son auteur, Adriana Milano, expose la façon dont les

courants de l'histoire culturelle se sont peu à peu transformés, comment les historiens professionnels ont récupéré le genre biographique, et comment cela s'est reflété dans la production de leur pays. Comme on le sait, depuis la Renaissance, la biographie a été considérée comme un des genres mémoriaux par excellence, un domaine littéraire dans lequel les témoins et les auteurs ont versé leurs vécu et l'ont détaillé. Si nous prenons en compte comment, depuis l'époque moderne, l'historiographie s'est éloignée de la mémoire, nous ne serons pas surpris que le genre biographique ait été, depuis le XIXe siècle, un des terrains que les historiens professionnels ont abordé avec le plus de réserve. Le développement récent des courants de l'histoire culturelle a cependant changé ce panorama: il a modifié la façon d'apprécier la biographie et a fourni des outils en vue de sa modernisation intellectuelle. Comment a eu lieu ce phénomène dans l'historiographie argentine récente ? C'est la question que pose Adriana Milano. Son article, en plus de nous renseigner sur un cas concret, peut être lu dans une perspective plus large et aider à mieux comprendre les changements apportés par l'histoire culturelle.

La section Histoire et Théorie de la revue s'achève avec un texte de José Manuel Ágreda Portero sur l'historiographie sandiniste: "Una aproximación a la historiografía sobre el Frente Sandinista de Liberación Nacional, 1961-1979". Le texte, pensé pour satisfaire les lecteurs de notre revue d'historiographie et de théorie qui s'intéressent aux mouvements sociaux et aux guérillas, balaie un large spectre de la bibliographie sur le sujet qui, nous le croyons, sera d'une grande utilité pour le spécialiste et offrira au curieux une introduction et des informations utiles. On ressent également très clairement dans ces pages la tension qui existe entre historiographie et mémoire.

La section des Varia historiographique offre à son tour deux travaux à caractère informatif : celui de Francisco Alía Miranda, "La prensa histórica española en Internet", et celui de María Belén Portelli y Franco D. Reyna, "Hacer la historia cultural. Una revisión de la producción historiográfica argentina reciente a través de revistas especializadas". Le premier témoigne d'un intérêt pour Internet que la revue *Historiografías* a déjà manifesté à plusieurs reprises. Dans le présent numéro, le lecteur trouvera en outre un compte-rendu du livre récent d'Anacleto Pons, *El desorden digital: Guía para historiadores y humanistas* (2013). Le texte d'Alía Miranda, lui, passe en revue les principaux projets de digitalisation de la presse historique des derniers siècles, ou "Hémérothèques digitales", entrepris ces derniers temps en Espagne (les dates de publication les plus récentes vont jusqu'à 1990 et remontent jusqu'à la fin du XVIIIe siècle). Il s'agit là d'un guide utile pour se frayer un chemin dans ce vaste sujet, mais ce travail permet aussi, comme le rappelle son auteur, de montrer ce qu'il reste à faire. Le texte de Portelli y Reyna est une approche de la répercussion de l'histoire culturelle sur l'historiographie argentine récente à travers deux revues académiques spécialisées dans ce domaine: *Punto de Vista* et *Prisma*.

Le présent numéro se clôt, dans la section *Crítica*, sur un ensemble de compte-rendus de lecture réalisés par Michel Ralle, Gonzalo Pasamar, Manuel Ramírez Sánchez, Ramón López Facal, Giaime Pala et Marinela Tovar, concernant des livres en lien avec la littérature, la mémoire, l'usage politique de l'histoire, Internet, l'enseignement de l'histoire et le genre.

Gonzalo Pasamar